

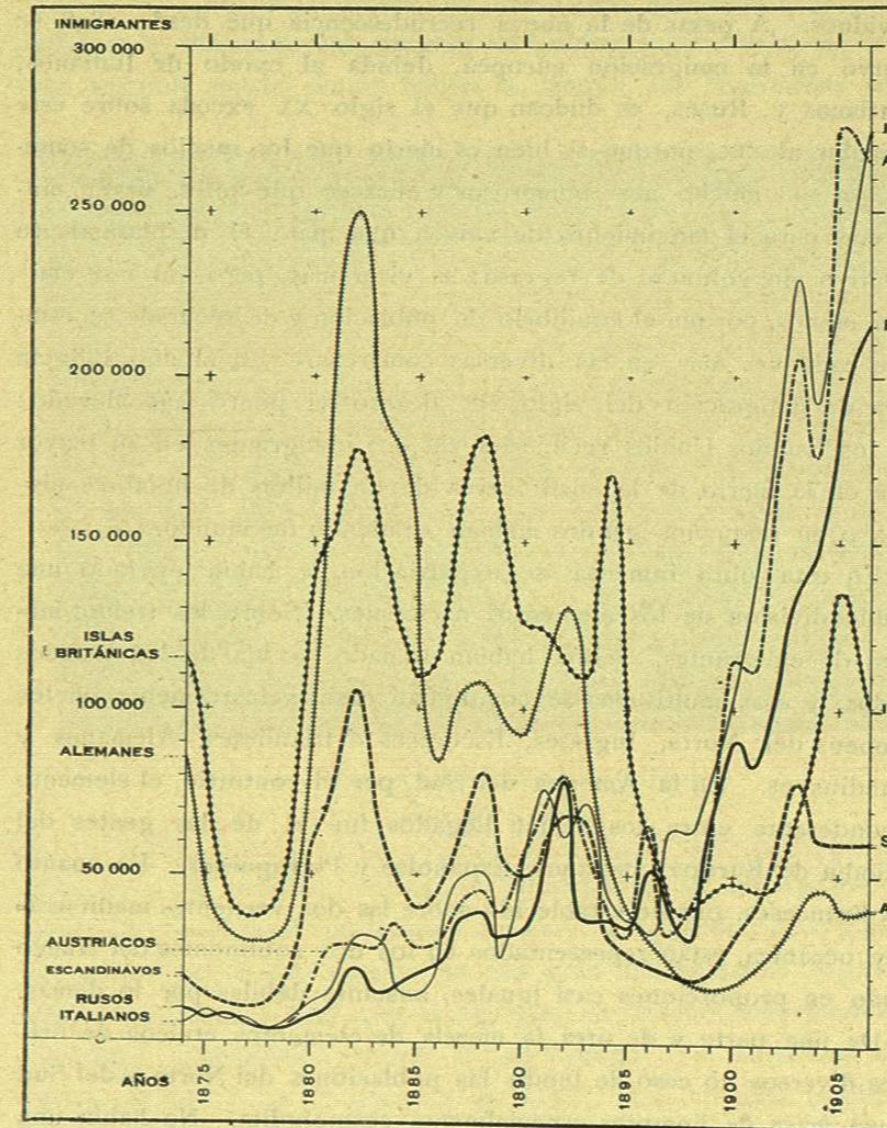
Brown, quizá no tengan tampoco en cuenta el enorme apoyo que, en la victoria definitiva del Norte, les dió la ola de inmigrantes europeos, llegados en tan gran número en la fuerza de la edad, en plena iniciativa de trabajo y de aventura, y en su mayoría más entusiastas por la libertad que los mismos Americanos. La inmigración de Europa en el Nuevo Mundo es un fenómeno económico y social de gran importancia que ha de estudiarse cuidadosamente.

Aparte de las costas orientales de la América del Norte, la emigración de los Europeos á las comarcas del Nuevo Mundo descubiertas al final del siglo XV y principios del XVI tuvo escaso valor relativamente al conjunto de la población. Al principio cierto número de aventureros, fascinados por las relaciones de los primeros conquistadores, se precipitaron sobre las tierras nuevamente descubiertas. Á pesar de las formales prohibiciones de emigrar sin permiso, ó, por mejor decir, para el servicio del rey, los barcos de contrabando se hacían á la mar llenos de atrevidos compañeros; pero las medidas de precaución contra la emigración clandestina se hicieron cada vez más severas, al paso que las ocasiones de enriquecerse rápidamente iban escaseando y disminuía la curiosidad de los prodigios de ultramar. El movimiento de emigración de España y Portugal hacia las comarcas americanas que se les habían sometido cesó completamente, y la población de origen europeo sólo se aumentó por el nacimiento de mestizos ó de los escasos descendientes de los autóctonos de sangre pura y por la importación de «alquilados» pedidos que trabajaban por cuenta de los propietarios de la tierra. Sin embargo, la emigración había sido conservada y prolongada por esos elementos de origen europeo durante los primeros trescientos años de la ocupación.

Desde la mitad del siglo XVIII la importación de los «alquilados» alemanes en Pennsylvania tuvo importancia suficiente para alarmar á Burke, quien en 1765 expresó el temor de que aquella colonia se hiciera completamente extraña á la Gran Bretaña por la lengua, las costumbres y las tendencias; sin embargo, la emigración no tomó un carácter continuo y regular hasta después de las guerras del Imperio, al principio del siglo XIX. A medida que disminuía la trata de esclavos y que el trabajo asalariado tendía á reemplazar la compra

directa de los negros, el número de los emigrantes de Europa aumentaba: de miles se elevaba gradualmente á decenas y á centenas de

N.º 457. País de origen de los inmigrantes en los Estados Unidos.



millares anuales. Durante los cien años que terminaron en 30 de Junio de 1900, la multitud de hombres que abandonó voluntariamente Europa para buscarse una nueva patria al otro lado del Océano pudo evaluarse en treinta millones.

Jamás en el curso de la historia se había realizado semejante emigración de los pueblos: los grandes exodos pudieron tener la misma importancia relativa que la población de América, pero no pusieron ciertamente en movimiento tan poderosas multitudes de individuos. A pesar de la nueva recrudescencia que desde 1898 se observó en la emigración europea, debida al exodo de Italianos, Austriacos y Rusos, es dudoso que el siglo XX exceda sobre este particular al XIX, porque si bien es cierto que los medios de comunicación son mucho más numerosos y eficaces que antes, sirven mucho más para el movimiento de vaivén que para el desplazamiento definitivo sin voluntad de regreso: se viaja más, pero quizá se emigrará menos, porque el equilibrio de población y de recursos se establece cada vez más en las diversas comarcas. En el año 1882 la curva de emigración del siglo XIX alcanzó el punto más elevado: sólo los Estados Unidos recibieron 788,992 inmigrantes, en su mayor parte en la fuerza de la edad; cerca de un millón de hombres aislados ó en pequeños grupos habían cambiado de mundo.

En esta obra inmensa de expatriación se había operado una notable división de los elementos nacionales. Sobre los treinta millones de emigrantes, veinte habían tomado la vía de los Estados Unidos, y esas multitudes se componían casi exclusivamente de los Europeos del Norte, Ingleses, Escoceses é Irlandeses, Alemanes y Escandinavos. En la América del Sud, por el contrario, el elemento preponderante entre los recién llegados fué el de las gentes del Mediodía de Europa: Italianos, Españoles y Portugueses. En cuanto á los Franceses, pueblo establecido sobre las dos vertientes mediterránea y oceánica, están representados en los dos continentes del Nuevo Mundo en proporciones casi iguales, bastante débiles por lo demás.

De una parte y de otra la mezcla de elementos étnicos de orígenes diversos no cesó de fundir las poblaciones del Norte y del Sud en una masa de hombres especialmente cosmopolita. No había una familia que no contase entre los suyos Eslavos, Alemanes y Latinos.

Por fácil que haya llegado á ser la emigración, es decir, el desprendimiento de la persona al medio natal, exige siempre valor, iniciativa y resolución. Antiguamente solía verificarse á mano armada, por la conquista como en tiempo de los Mamertinos, ó por carava-

nas de mercaderes, bajo la protección de las costumbres y de los tratados. Actualmente los individuos aislados, más que las familias, los clanes ó las sectas, son los que intentan la temible aventura del desarraigo; pero se hace con prudencia, á veces con cierta timidez, á la manera de los animales con tentáculos, procurando prever los peligros y disminuir los riesgos; en primer lugar tratan de crearse una segunda patria donde hallen la lengua, las tradiciones mater-



Cl. P. Sellier.

EMIGRANTES ATRAVESANDO EL ATLÁNTICO

(Estampa de 1855).

nas, y, si es posible, costumbres análogas á las del «país», y las simpatías cordiales de parientes y amigos. Los provincianos y extranjeros que van á establecerse en una gran ciudad no se dispersan en ella á la ventura, sino que se agrupan en barrios, esforzándose por ayudarse mutuamente contra la indiferencia ó la hostilidad de los desconocidos y los peligros de la suerte. Las diversas nacionalidades se reúnen en islotes arqueológicos en todas las ciudades capitales, París, Londres, New-York, San Francisco, lo mismo que antiguamente en las Universidades los estudiantes se distribuían en «hospitales», en «colegios», en «naciones». Cuando por la feliz casualidad de una circunstancia imprevista un emigrante halla una resi-

dencia muy hospitalaria, frecuentemente vienen otros compatriotas á formar enjambres á su rededor como las abejas en torno de una «madre». Así ha sucedido con los «Barcelonetas» de los Altos Alpes, que han llegado á ser comerciantes de telas en Méjico, quienes fueron sucesivamente llamados ó invitados por parientes y amigos que habían logrado hacer fortuna en esa industria hacia mediados del siglo XIX. En cincuenta años el número de los capitalistas «barcelonetas», que por lo demás son gentes sin iniciativa, aunque favorecidos por un trabajo de rutina que sólo pide ayuda mutua, se ha elevado á cuatrocientos cincuenta «que valen» seguramente más de un centenar de millones¹.

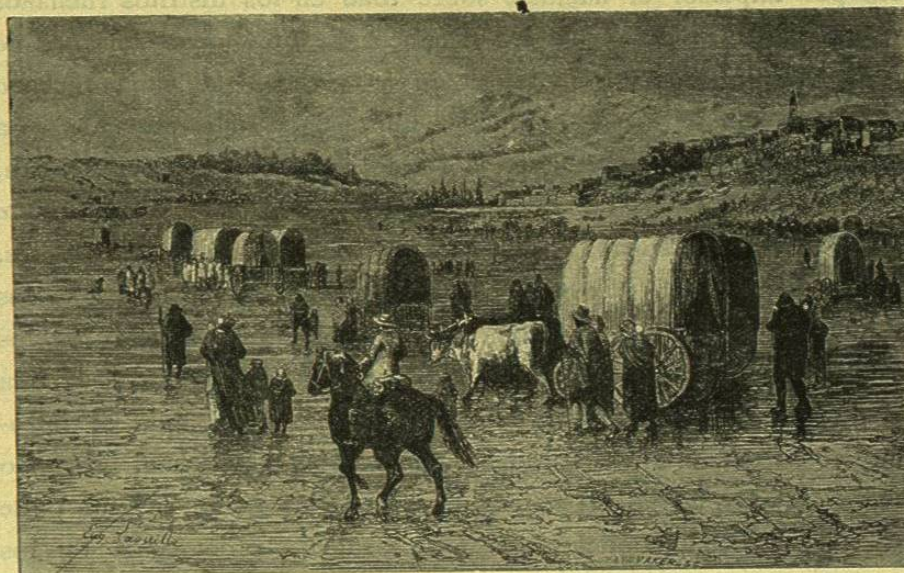
Los ejemplos del mismo género eran ya antiguamente la regla, y son en el día más frecuentes á medida que el hombre ha llegado á sentirse más hombre en la gran fraternidad humana. El que tiene sentimientos nobles y se juzga justo y bueno hallará en todas partes compañeros ó los merecerá al menos. Los deseos más comunes de los que se desplazan sobre la superficie de la tierra se revelan principalmente por los nombres que dan á las nuevas comarcas donde se establecen, y donde frecuentemente creen reconocer rasgos amados del país de origen. La Nueva Inglaterra, para no citar más que esta colonia moderna, es, entre todas, aquella en que se ha reproducido la «Vieja comarca» por los nombres, la disposición y el aspecto de las ciudades y las villas. ¿Qué población inglesa no tiene su homónima en la provincia americana, que fué precisamente la primera en desprenderse de la madre patria?

En nuestros días, los hombres que emigran á otras tierras, bajo otros cielos, por amor á las aventuras ó por curiosidad de lo desconocido, son una excepción. El pan y la libertad son los dos principales objetivos de los emigrantes europeos, y lo han sido sobre todo durante el período de revolución que se señaló á mediados del siglo XIX.

El exodo irlandés que se produjo en aquella época y que vació de habitantes ciertos distritos, tuvo el hambre por causa única. Un hambre atroz, cuya causa ocasional fué la enfermedad de las

¹ Em. Chabaud, *Des Barcelonnettes à Mexico*; Edmond Demolins, *Les Français d'aujourd'hui, types sociaux du Midi et du centre*, ps. 29 y siguientes.

patatas, pero cuyo verdadero motivo consistía en la apropiación de la tierra por el capitalista extranjero, produjo una mortalidad que se llevó más del décimo de la población, y la mayor parte de los desgraciados que quedaban no tenían más pasión que la de la huída, la de buscar la salvación en aquellos Estados Unidos de América donde se sabía que había compañeros de miseria que habían obte-



EMIGRANTES DIRIGIÉNDOSE HACIA EL FAR-WEST
(Estampa de 1855).

nido trabajo, buenos jornales y hasta fortuna. Todos aquellos que poseían alguna tierra la vendían á cualquier precio para el coste del pasaje; otros se dirigían á la opinión pública de Inglaterra, dolorosamente conmovida por las noticias del hambre, donde de todas partes afluan las suscripciones; por último, muchos propietarios sobre cuyos territorios habían perecido trabajadores, consentían en pagar el viaje de sus campesinos, acaso con la esperanza de librarse al mismo tiempo del remordimiento de su crimen. Todos esos medios reunidos obraron tan bien, que en el espacio de seis años, de 1847 — el *black forty seven* — á 1852, la población irlandesa descendió de 8.100,000 individuos á 6 millones. La «Pobre anciana» *Shan Von Vocht*, como llaman melancólicamente los Irlandeses á su madre patria, había perdido más de la cuarta parte de sus hijos. De 1826 á

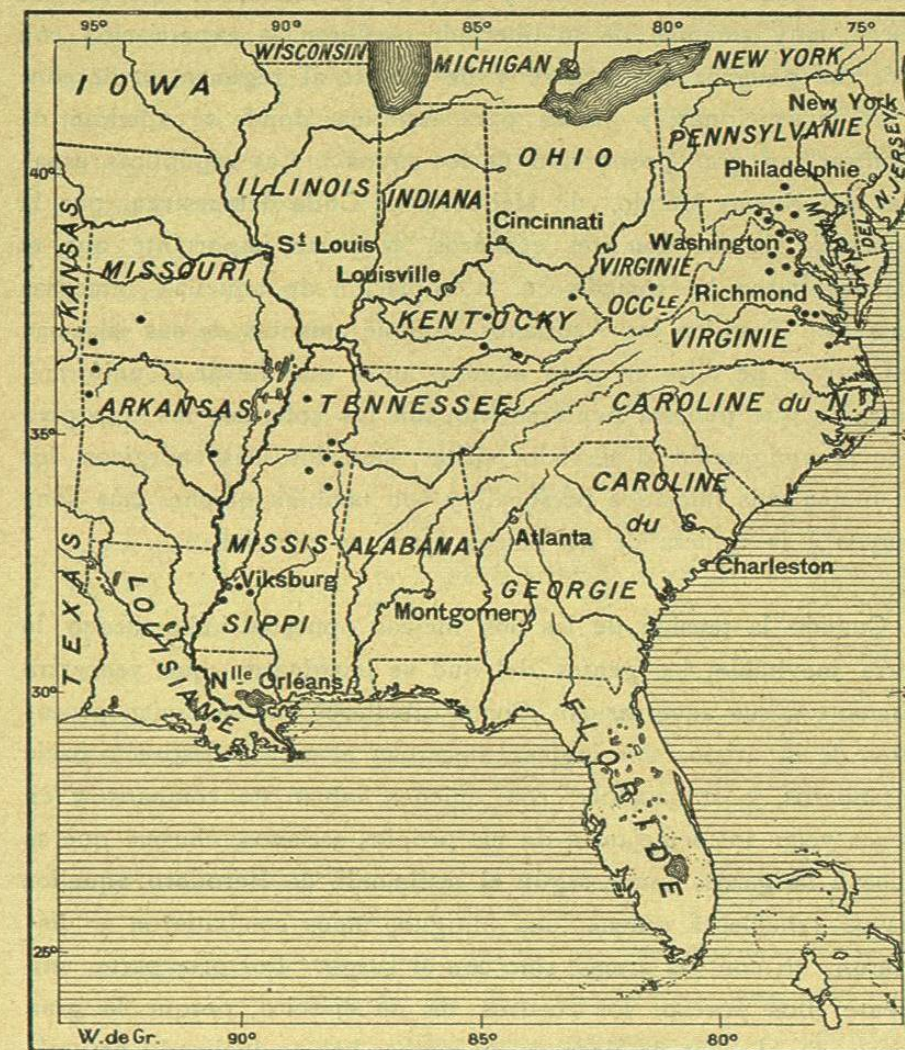
1905, la estadística de la inmigración en los Estados Unidos registró la entrada de 4.104,000 Irlandeses y de 3.345,000 Escoceses é Ingleses propiamente dichos.

La emigración alemana, en un principio menor numéricamente, destinada á superar en mucho la emigración irlandesa y después á ser reemplazada por una poderosa ola italiana y eslava, tuvo también por impulsor el hambre, sobre todo en los distritos rhenanos y silesios; sin embargo, á los famélicos se unió otro elemento de mayor valor intelectual y moral, el de los hombres que habían luchado en su país por la causa popular y que habían sido vencidos. La desilusión les hacía muy triste la residencia en la patria madrastra, y se dirigían hacia la república de los Estados Unidos, que, aunque distante del ideal soñado, ofrecía amplio espacio á sus inmigrantes, libertad plena de ir y venir y fácil acceso á las tribunas y á los periódicos. Es difícil apreciar en su valor en la historia de los Estados Unidos la influencia de esta inmigración republicana, ó á lo menos radical, germánica en grandísima mayoría, que se introdujo en el conjunto de la educación nacional americana. En todo caso es indudable que la guerra de «Secesión» debió en gran parte sus consecuencias abolicionistas á la ardiente propaganda de los republicanos de Europa que se alistaron en multitudes en las filas de los Federales del Norte y que consolidaron el ejército mucho más en concepto moral que material, puesto que aportaban sus convicciones republicanas y el odio á la esclavitud. Solamente los alemanes suministraron á la Unión 190,000 milicianos: á ellos se atribuye sobre todo la conservación del Estado del Missouri en la liga del Norte.

También entre los rebeldes han de clasificarse los prófugos que se destierran voluntariamente para sustraerse al servicio militar, procedentes en su mayor parte de Alemania y de Austria-Hungría, jóvenes que prefieren los peligros de un país desconocido á los cuarteles del país natal. Las islas Británicas, donde el ejército se recluta entre mercenarios, no han dado á las colonias esa categoría de ocupantes, y Rusia sólo ha contribuído en los últimos años con sus menonitas y otras gentes de fe, á quienes sus principios religiosos y humanitarios prohíben el uso de las armas. Pero prece-

dentemente, las grandes insurrecciones de Polonia habían dado por resultado dirigir hacia la Europa occidental y los Estados Unidos

N.º 458. Teatro de la guerra de Secesión.



1 : 16 000 000

0 250 500 1000 Kil.

Los puntos negros indican los lugares de batalla. — Gettysburgo está en Pennsylvania, cerca de la frontera del Maryland; Savannah es la ciudad más meridional de la Carolina del Sud.

la mayoría de los patriotas polacos que habían podido escapar á la prisión, á la deportación ó á la muerte. Francia y España tuvie-